



Centro focal

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Es frecuente que escuchemos hablar de “Calidad de vida” y en ello es inevitable pensar en los recursos financieros que se requieren para adquirir los servicios que garanticen la satisfacción de las necesidades que produzcan el bienestar tanto en lo material como en lo emocional. Sin embargo, bajo la óptica del creyente, entendemos que se necesita mucho más que la búsqueda de bienestar para alcanzar la felicidad que nos ofrece Dios. De allí entendemos la manera en que Jesús enseña a sus discípulos a aspirar el bien superior, que dura por siempre. En el Evangelio de este domingo, encontramos una máxima que ha de orientarnos: “la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea” (Lc 12,15).

La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo. Es importante incorporar una vieja enseñanza, presente en diversas tradiciones religiosas, y también en la Biblia. Se trata de la convicción de que menos es más. La constante acumulación de posibilidades para consumir distrae el corazón e impide valorar cada cosa y cada momento. En cambio, el hacerse presente serenamente ante cada realidad, por pequeña que sea, nos abre muchas más posibilidades de comprensión y de realización personal. La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres. (Laudato si n. 222)

En nuestro mundo estamos constantemente saturados de ofertas y posibilidades para mejorar nuestras condiciones de vida, se ofrecen los proyectos de vivienda ideales, los negocios ideales, las vacaciones ideales... pero estos mismos encierran a muchos en la desilusión por no poseer los medios económicos para alcanzarlos. El Señor nos alerta con la parábola del rico insensato, señalando el infructuoso afán por la acumulación de bienes, producto de la codicia que hace pensar que el dinero puede resolverlo todo. La conclusión de la parábola es clara: por más rica que una persona sea, la vida no depende de sus bienes. Pregunta al insensato, “esta misma noche vas a morir, ¿Para quién serán tus bienes?” (Lc 12,20)

En la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia se enfatiza en el reconocimiento de que todos los bienes provienen de Dios y al recibirlos nos han de llevar a



desdelosimple

Para contemplar la vida

fortalecernos en la vivencia de la fraternidad humana. Esta nos abre a la virtud de la generosidad, por medio de la cual podemos vencer el mal que proviene de la codicia. En la práctica de la generosidad de unos con otros no perdamos de vista que las necesidades humanas son correspondientes con cada época, como lo señala el Papa Francisco:

Hay reglas económicas que resultaron eficaces para el crecimiento, pero no así para el desarrollo humano integral. Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que nacen nuevas pobreza. Cuando dicen que el mundo moderno redujo la pobreza, lo hacen midiéndola con criterios de otras épocas no comparables con la realidad actual. Porque en otros tiempos, por ejemplo, no tener acceso a la energía eléctrica no era considerado un signo de pobreza ni generaba angustia. La pobreza siempre se analiza y se entiende en el contexto de las posibilidades reales de un momento histórico concreto. (Fratelli Tutti n.21)

Estas cuestiones evidentemente son un llamado de atención a la manera en que los seres humanos debemos sabernos corresponsables unos con otros en la búsqueda del desarrollo integral de todos los pueblos.

Porque una cosa es sentirse obligados a vivir juntos, y otra muy diferente es apreciar la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos. Avanza la tecnología sin pausa, pero ¡qué bonito sería si al crecimiento de las innovaciones científicas y tecnológicas correspondiera también una equidad y una inclusión social cada vez mayores! ¡Qué bonito sería que a medida que descubrimos nuevos planetas lejanos, volviéramos a descubrir las necesidades del hermano o de la hermana en órbita alrededor de mí!. (Fratelli Tutti n.31)

Todo este esfuerzo por hacer de nuestro mundo un lugar que corresponda al desarrollo humano, no puede quitar nuestra atención en lo que es fundamental, como lo anuncia el Apóstol san Pablo: “Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 1-2). Centrar nuestra mirada en aprender a ser uso de los bienes pasajeros para alcanzar los eternos, es principio de sabiduría que revela el verdadero sentido de la calidad de vida, la cual no se determina por el acceso a recursos que nos traen bienestar, sino por el reconocimiento de la dignidad humana impresa en cada persona como imagen y semejanza de Dios, la cual reclama el buen uso de los dones recibidos como medio de santificación.

El designio del Padre es Cristo, y nosotros en él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. Por lo tanto, la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo. (Gaudete et Exsultate n. 21)